

peró detiéndole el amor á sus parientes, y se desvanecen todos sus proyectos. Por mas que Dios le solicite, no tiene valor para romper los lazos. ¡Qué desgraciada flaqueza! ¡pero qué desdichas no se siguen de esta desventurada cobardía! Erró el camino; ¿pues qué maravilla será si despues se estravia y se precipita? Prefiérese el amor de los parientes al amor de Dios; preciso es que despues de todo se convierta en mayor daño. ¡Qué dolor en la hora de la muerte cuando se reconozca esta irracionalidad!

Conózcola, Señor, desde ahora, y penetro muy bien toda la injusticia y toda la impiedad de un proceder tan ajeno de razon. No, mi Dios, no daré ya oídos á la carne y á la sangre cuando se trate de daros gusto; resuelto estoy á sacrificar todo cuanto mas amo en el mundo antes que ofenderos.

JACULATORIAS. — Enseñadme, Señor, el camino de vuestra divina voluntad, que yo os prometo de no seguir otro. (*Ps.* 118.)

Mi Dios, mi auxiliador, mi protector, guia de mi salvacion, y mi único Salvador. (*Psal.* 17.)

PROPOSITOS.

1 *Sígueme á mí, y deja que los muertos entierren á sus muertos*, dijo el Salvador á un mancebo que le pidió licencia para ir á enterrar á su padre. ¿Pues qué diria Jesucristo á sus discípulos de profesion, á aquellas personas religiosas, que despues de haber renunciado solemnemente todo lo que mas amaban en el mundo, despues de haber hecho pedazos los vínculos de la carne y sangre, vuelven despues á estrecharse voluntariamente con estos lazos mas que nunca; se engolfan con mas ardor y con mayor viveza en los intereses de sus parientes que los parientes mismos? Ocupados mas en las conveniencias de sus sobrinos, en el esplendor de su familia, que en las obligaciones de su estado, solo se sirven del crédito que les han merecido en el mundo su carácter, su profesion y sus talentos para fomentar el orgullo y la vanidad de sus parientes. No es otra aquella apostasia del corazon de que habla el Profeta. ¿Puede haber mayor desórden, ni mas escandaloso, que ver convertidos á los religiosos en agentes y en procuradores de los hombres del mundo? ¿qué un religioso se ocupe en solicitar un empleo, en ajustar una boda, en adquirir una heredad para sus parientes? ¿qué cosa mas indecente, ni mas indigna de su estado? *Deja á los muertos enterrar á sus muertos*. Guárdate bien de mezclarte jamás en esos negocios puramente seculares, y acuérdate de lo que dice S. Jerónimo, que

el que conserva todavia esas solicitudes, esas ansias aseglaradas, no tiene de religioso mas que el nombre.

2 Ama en hora buena á tus parientes; pero ámalos con un amor cristiano: interésate en lo que toca á su salvacion, y en nada mas. Cuando trates con ellos, edificalos con tus conversaciones, y sean todas en órden á su bien espiritual. Ten presente que hasta los mismos seglares de algun juicio y de mediana capacidad hacen muy poco aprecio en su interior, y les parecen muy mal aquellos religiosos en quienes notan tanto espíritu del mundo. Si estás en el siglo, ama con ternura á tus parientes; pero con una ternura subordinada siempre al amor que debes á Dios. En los negocios de la familia consulta siempre á tu conciencia antes que á tu corazon. Cáusete horror la menor sombra de injusticia ó de venganza. Mira en buen hora por los intereses de tus parientes; pero sin perder de vista su salvacion y la tuya. Desconfía mucho de las solicitudes de la carne y sangre; todas son sospechosas. ¿Eres hijo de familia? pues aconsejate con Dios, y con solo Dios sobre el estado que has de tomar; observa constantemente el consejo de S. Jerónimo á los que llama Dios al estado religioso: *Per calcatum perge patrem, per calcatum perge matrem*: deja tu casa, tu país, tu parentela por obedecer á la voz de Dios que te llama; aunque sea menester convertirte en piedra, hacerte insensible á los movimientos de la mas viva ternura, no deliberes ni un solo momento. Esta doctrina parecerá dura á los hombres del mundo, pero es la pura doctrina del mismo Jesucristo.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

SAN JUAN GUALBERTO, abad, fundador del órden de Valle-Umbrosa en el monasterio de Pasiñano junto á Florencia. (*Véase su vida en las de este dia.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES NABOR Y FELIX, en Milan, que padecieron en la persecucion de Maximiano. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN JASON, antiguo discípulo de Jesucristo, en Chipre. (Fué otro de los setenta y dos discípulos de Jesucristo, y se cree que era deudo é íntimo amigo del apóstol S. Pablo.)

EL TRÁNSITO DE SAN HERMÁGORAS, discípulo de S. Marcos evangelista, y primer obispo de Aquileya, en la misma ciudad; el cual en medio de los milagros que obraba sanando enfermos, y del zelo de la predicacion, y de la conversion de pueblos enteros, padeció muchas y muy penosas fatigas; por último murió degollado juntamente

con su diácono FORTUNATO, alcanzando la corona del martirio.
SAN PAULINO, en Luca en Toscana, consagrado por el apóstol san Pedro primer obispo de aquella ciudad; el cual en tiempo de Neron despues de muchos tormentos consumó el martirio con otros compañeros al pié del monte de Pisa.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS PRÓCLO É HILARION, en el mismo dia; los cuales habiendo padecido muy crueles tormentos en tiempo del emperador Trajano, y del presidente Maximo, consiguieron la palma del martirio.

SANTA EPIFANA, mártir, en Lentino en Sicilia; la cual en tiempo del emperador Diocleciano, y del presidente Tertilo, habiéndole cortado los pechos, entregó su alma al Criador.

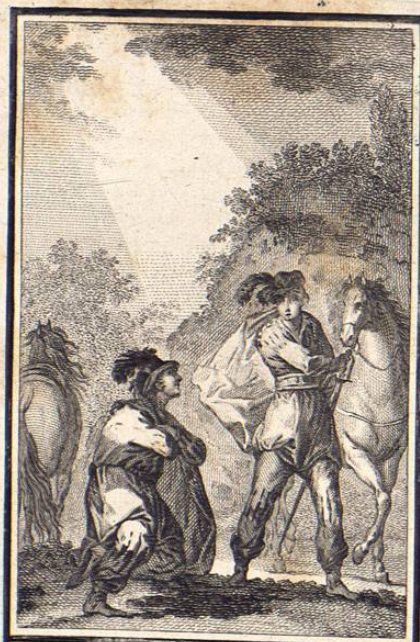
SANTA MARCIANA, virgen y mártir, en Toledo; la cual por confesar la fe de Jesucristo, fué arrojada á las fieras; y despedazada de un toro alcanzó la corona del martirio. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN VIVENCIOLO, obispo, en Leon de Francia.
SAN PATERNIANO, obispo, en Bolonia.

SAN JUAN GUALBERTO, FUNDADOR DEL ÓRDEN DE VALLE-UMBROSA.

Nació en Florencia, ciudad de Italia, de familia ilustre por su antigua y calificada nobleza. Criáronle sus padres en la religion cristiana; pero no con el mayor cuidado de que fuesen muy cristianas sus costumbres. Embebido enteramente su padre en el espíritu del mundo, se llenó de complacencia cuando descubrió en su hijo inclinaciones marciales y mundanas, y puso su mayor atencion en fomentárselas. Las continuas lecciones que le daba se reducian á que no sufriese jamás que le perdiesen el respeto, ni mucho menos que le ultrajasen; y que si tenia honra, debía prontamente lavar la injuria en la sangre de sus enemigos. La doctrina no podia ser mas contraria á la de Jesucristo; pero se acomodaba mucho al genio de Gualberto, naturalmente feroz y soberbio, con que se le imprimió altamente en el corazon. Hizose muy delicado en esto que se llama pundonor, siendo la venganza su pasion dominante. Irritóla mas una querrela que ocurrió en la familia. Cierta pariente suya fué muerta por un caballero del pais; juró la muerte del asesino el padre de Gualberto; y como tenia tan conocido el genio fogoso de su hijo, inclinado naturalmente á la venganza, le incitó á perseguir al enemigo hasta vengar la muerte de su primo con la sangre de aquel caballero.

Hallóle tan dócil al bárbaro consejo, que ningun hijo fué mas obediente. Como el precepto se acomodaba tanto á su pasion, ansiaba porque fuese ejecutiva la obediencia, ardiendo en vivos deseos de satisfacer cuanto antes á su padre y á su venganza. Tar-



S. JUAN GUALBERTO.

do poco en presentarsele la ocasion; porque volviendo un dia del campo, permitió Dios que improvisamente se encontrase con su enemigo en un paraje tan estrecho, que no era posible ni á uno ni á otro retirarse. Arrebatado Juan de cólera, echó prontamente mano á la espada, y diciendo al enemigo que allí mismo habia de lavar en su traidora sangre la muerte de su pariente, iba ya á pasarle de parte á parte cuando el caballero, que se hallaba desarmado, saltó ligeramente en tierra, hincóse de rodillas á los pies de Juan, y con las manos cruzadas le habló de esta manera: *Pídoté que me perdones, y que me dejes la vida por amor de nuestro Señor Jesucristo, que murió por tí y por mí en una cruz un viernes como hoy.* La postura del suplicante, la circunstancia del dia y el nombre de Jesucristo helaron la cólera de Juan; paróse un poco, y ofreciéndosele vivamente á la consideracion que el Salvador del mundo estando en la cruz perdonó á sus enemigos, é intercedió por ellos á su Eterno Padre, volvió la espada á la vaina, alargó la mano al caballero, levantóle y le dijo: *Nada puedo negar al nombre de mi Señor Jesucristo. Concédote la vida y mi amistad; ruega al mismo Señor que me perdone; y abrazándose estrechamente los dos, se separaron.*

A una accion tan cristiana como generosa se siguió inmediatamente cierto movimiento de devocion en el alma; y encontrando á pocos pasos el monasterio de S. Miniát, entró en la iglesia; arrodillóse delante de un devoto Crucifijo, y cuando pedia á Dios deshecho en lágrimas que tuviese misericordia de él, vió que el Crucifijo le inclinaba la cabeza, para significarle con aquella sensible demostracion lo grata que le habia sido la accion que acababa de ejecutar. Quedó atónito nuestro Juan á vista de tan señalado favor, cuya memoria se conserva hasta el dia de hoy en el mismo Crucifijo, que venera tiernamente la devocion en la iglesia de S. Miniát; y acabando la gracia de perfeccionar su conquista, le inspiró un deseo tan ardiente de amar á su Dios, que resolvió no servir en adelante á otro dueño. Acabó su oracion, montó á caballo, tomó el camino de Florencia; pero solicitado poderosamente por la gracia, mandó á los criados que siguiesen derechos á casa, y él se volvió al monasterio; buscó al abad, y arrojándose á sus pies, le pidió el hábito de monge. Sorprendió al abad tan nó esperada vocacion; y como le conocia muy bien, no queria recibirle; pero rogó, instó y apuró tanto, que despues de haberle representado el abad la vida tan austera y penitente de la religion, le permitió que se quedase dentro del monasterio.

Aun no bien habia entrado, cuando llegó tambien su padre, informado ya de su intento; pide con ferocidad que le entreguen

luego á su hijo; y arrojando centellas por los ojos, y espuma por la boca, jura que si no se le entregan al punto pondrá fuego al convento. Atemorizaron sus amenazas á todos los monges, pero no á nuestro Santo, el cual viendo que ninguno se atrevia á darle el hábito, arrebató uno que encontró de un monge; bájase al coro, pónese sobre el altar, él mismo se corta el cabello, y á presencia de todos los religiosos se echó á cuestras la cogulla. Admiraron con lágrimas todos los concurrentes tan generosa resolucion, y hasta la obstinacion de su padre se dió por vencida á vista de una vocacion tan señalada. Deshaciéndose en llanto le echó los brazos al cuello, exhortándole á la perseverancia, y á sostener con su fervor el empeño de un paso tan generoso.

No se desmintió nuestro novicio; correspondió perfectamente su fervor á su resolucion, y en poco tiempo pudieron satisfacer los rigores de su penitencia por los desórdenes de su juventud. Era la vida de los monges de S. Miniát copia fiel de los primitivos monges de S. Benito, florecia la santa regla en todo su vigor, y en breves dias fué nuestro Juan un acabado modelo de ella. Luego que vistió la cogulla se mostró el mas humilde, el mas obediente, el mas puntual y el mas devoto de todos. No se contentaba con reputarse por el último de los monges; queria que todos le reputasen y le tratasen como á tal. Su penitencia espantaba á los mas mortificados; pero su caridad, su dulzura y su igualdad de ánimo hacian amable su penitencia. En fin, se adelantó tanto en el camino de la perfeccion, que desde los primeros años de su profesion fué la admiracion de los mas perfectos.

Así vivia nuestro Gualberto en su amada soledad, cuando la muerte del abad interrumpió su quietud. Nada hubo que deliberar en la eleccion; por mas que se escusó, que se opuso, y que protestó, fué nombrado por unánime consentimiento. Como era tan de corazon su resistencia, no por eso cedió, antes perseveró constantemente en renunciar el empleo, considerándose indigno de ejercerle. Esto dió ocasion á que se apoderase de él otro monge, que no era tan escrupuloso ni tan delicado de conciencia; pero fueron tantas las inquietudes y las turbaciones que excitó en la casa, que al fin se halló precisado Gualberto á mudar de monasterio. Acompañado de algunos monges mas fervorosos se retiró al principio á la Camaldula, lugar á la sazón muy famoso por la multitud de los santos anacoretas que vivian en él bajo la regla de S. Romualdo. Allí hubiera fijado su destino, y todos deseaban mucho que lo hiciese; pero se sentia mas movido á la vida cenobítica, que á la solitaria; y así se encaminó á otro retiro, llamado *Valle-Umbrosa*, por ser un valle muy sombrío, to-

do cubierto de álamos, á media jornada de Florencia, donde encontró dos solitarios, á los cuales se juntó con sus compañeros. Estendióse en poco tiempo su reputacion por aquellos contornos; concurrían de todas partes á ver al siervo de Dios, y en pocos dias se vió maestro de muchos discípulos, á los cuales hacia observar con todo rigor la regla de S. Benito, yendo él delante con el ejemplo.

Logró de la abadesa de S. Hilario que les hiciese donacion del sitio que ocupaban, y edificó en él un monasterio de tierra y de madera, cuya iglesia ó capilla vino á consagrar el obispo de Paderbon, que habia seguido al emperador Enrique III en su viaje á Italia. Tal fué el origen de aquella ilustre congregacion, que aprobó el papa Alejandro II el año de 1070; y estendida por toda Italia, en muy poco tiempo ilustró á la Iglesia de Dios con el esplendor de sus raras virtudes, y la edifica el dia de hoy con sus grandes ejemplos.

Crecia mientras tanto la nueva comunidad, aumentándose cada dia el número de sus individuos, y era menester nombrar cabeza que la gobernase. Conspiraron todos los votos en favor de S. Gualberto, que no solo se negó con teson, sino que por algun tiempo estuvo dudoso si se retiraria; pero temiendo que se deshiciera aquella congregacion que él mismo habia fundado, y la consideraba como obra del Señor, se sujetó al sacrificio, y aceptando el empleo, á pocos dias el monasterio de Valle-Umbrosa fué un verdadero retrato del monasterio de Monte Casino.

Desde luego floreció en él con todo rigor el primitivo espíritu de la religion de S. Benito; retiro, silencio, desasimiento de todo lo criado, oracion casi continua, vigiliat, ayunos, abstinencias, penitencias corporales, todo predicaba, y todo edificaba en aquellos nuevos monges, y era el abad como el alma de aquellos grandes ejemplos. Nada mandaba á los demás que no lo hubiese ejecutado primero; y se solia decir, que para distinguir al abad entre los otros monges no era menester mas que observar quién era el mas mortificado y el mas humilde entre todos ellos. A esta única distincion y preeminencia aspiraba Gualberto.

El prodigioso número de discípulos que se le agregó le obligó á pensar en la fundacion de nuevos monasterios, á la cual sollicitaban contribuir con piadosa competencia los potentados de Italia. Fundó el de S. Salvi, el de Mosceta, el de Razzuelo, y el de Monte-Scalario; reformó algunos de los antiguos, introduciendo en ellos la observancia de Valle-Umbrosa, y antes de morir tuvo el consuelo de ver resucitado el primitivo espíritu de los monasterios de S. Benito en diez ó doce de sus casas. Era austerísimo

consigo mismo, pero dulcísimo y suavísimo con los demás; y esta misma suavidad y dulzura obligaba á los monges á ser mas mortificados.

Fuera de los religiosos de misa que guardaban estrecha clausura, recibia otros para legos, ó para hermanos conversos; esto es, para la clase de aquellos que convertidos á Dios servian diferentes oficios de la casa sin recibir nunca los sagrados órdenes. Estos se ocupaban en los ministerios esteriore y temporales, por lo que estaban dispensados de la clausura y del silencio; su hábito se distinguia en algo del de los otros monges, y no se les obligaba á tanta austeridad; siendo este el primer ejemplar que se encuentra en la historia eclesiástica de religiosos legos diferentes de los destinados al coro.

Velaba continuamente sobre todo lo que podia fomentar ó disminuir el espíritu de la observancia. Fué á visitar el monasterio de Mosceta, y halló que el nuevo abad Rodolfo habia hecho un edificio, cuya magnificencia desdecia de la simplicidad y modestia religiosa; desazonóse tanto, que dió al abad una severa reprobacion, diciéndole que las sumas de dinero que habia gastado en levantar aquel monumento de su vanidad estarian mejor empleadas en sustentar á muchos pobres. Suplicó fervorosamente á Dios que no permitiese se conservase en pié aquel edificio tan poco ajustado al espíritu de la regla; y apenas salió de él cuando un arroyuelo que corria cerca del monasterio creció tanto, que le inundó, y le echó enteramente á tierra. El amor y la caridad con los pobres igualaba al amor que profesaba él mismo á la santa pobreza. No queria que se negase limosna á alma viviente; y al mismo tiempo que no admitia mas de lo precisamente necesario para sus monasterios, repartia entre los pobres lo que estaba destinado para la comunidad. Mas de una vez dejó vacías las paneras, y mandó matar los rebaños para socorrer las necesidades en tiempo de carestía.

Acompañaban á estas virtudes los mas milagrosos dones sobrenaturales. Penetraba el interior de los corazones; temblaban los demonios al oír el nombre de Gualberto; solo con hacer oracion al siervo de Dios, sanaban los enfermos mas desahuciados. Un caballero amigo suyo le despachó un proprio con la noticia de que se hallaba gravemente enfermo: *Anda, hermano mio, dijo el Santo al criado, vuélvete á casa, y encontrarás sano y bueno al que dejaste moribundo.* Así sucedió.

Por su grande santidad se hizo venerar hasta de los sumos pontifices: Leon IX hizo espresamente un viaje á Pasiñano solo por verle, y quiso que comiese á su mesa. Esteban IX le envió

á llamar, no obstante de hallarse el Santo enfermo á la sazón. Alejandro II le profesó singular veneracion, y decia públicamente que la Iglesia debia á Gualberto la casi total estincion de la simonia en todo aquel país. Efectivamente hizo el santo abad continua y vigorosa guerra á este vicio; persiguióle su zelo sin darle cuartel ni treguas, y mas de una vez le autorizó el cielo con estupendas maravillas. Valióse Pedro de Pavía de cuantas violencias pudo contra el Santo y contra sus monges para intimidarlos y para perderlos; pero fué en vano: Gualberto le convenció de simonia y de herejia, ofreciéndose uno de sus monges á la prueba del fuego para justificar la acusacion. Admitiósele, y se paseó muy despacio sin recibir lesion alguna por una dilatada hoguera á vista de toda la ciudad de Florencia.

No sobrevivió el siervo de Dios mucho tiempo á este milagroso suceso. Consumido al rigor de las penitencias y de sus apostólicas fatigas, cayó enfermo en Pasiñano; conociendo que se acercaba su fin mandó llamar á todos los abades y superiores de la orden, y los exhortó á la caridad, á la exactitud, al fervor y á la puntual observancia de la regla. Recibió despues los sacramentos de la Iglesia con tanta devocion y ternura, que sacó lágrimas de todos los asistentes; y hecha en su presencia la profesion de la fe, rindió tranquilamente el espíritu en manos de su Criador el dia 12 de julio del año 1073, á los setenta y cuatro de su edad, y á los veinte y dos despues de haber establecido su reforma. Desde luego se hizo glorioso su sepulcro por los muchos milagros que obró Dios por su intercesion; lo que movió al papa Celestino II, precediendo las informaciones juridicas de sus virtudes y milagros, á ponerle en el catálogo de los Santos el año 1193.

SANTA MARCIANA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

SANTA Marciana, cuya memoria ha sido célebre en la Iglesia de España desde los primeros siglos, como se acredita por el oficio eclesiástico, é himnos en su elogio, que constan en el Breviario segun el orden de S. Isidoro, dicho despues Mozárabe; separada de Sta. Librada y demás hermanas, pasó á la provincia Carpentana y se estableció en la ciudad de Toledo, donde siguiendo las máximas de la religion de Jesucristo, en la que habia sido educada desde sus primeros años, seguia una vida verdaderamente angélica, en tiempo que los emperadores romanos, enemigos capitales del cristianismo, suscitaron una de sus



STA . MARCIANA , V . Y M .

cruelles persecuciones contra la Iglesia, sacrificando en todas partes innumerables víctimas de inocentes fieles.

Cupo esta gloria á muchos mártires en Toledo, donde la valentía de Marciana dió motivo á ser participante de estos gloriosos triunfos. Rendian los gentiles en cierta ocasion sus acostumbradas adoraciones á la diosa Diana, que estaba colocada sobre una fuente de la ciudad; y resentida la Santa al ver que con semejantes ritos se tributaba á una vana estatua el culto debido al verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra; animada de aquel zelo santo que constituye el carácter de los héroes del cristianismo, derribó con generosa intrepidez al idolo en tierra, y le hizo pedazos á vista de los mismos paganos.

Irritó de tal modo á los infieles el hecho, que arrojándose sobre ella, no satisfechos con los muchos golpes que la dieron, la acusaron como rea del mas enorme sacrilegio al juez de la ciudad. Reprendió éste severamente la temeridad y audacia de la santa virgen, mandando azotarla cruelísimamente, en términos que la dejaron casi sin vida, y en esta disposición ordenó encerrarla en un horrendo y oscuro calabozo. Traida despues á su tribunal, luego que la vió sin la menor lesion, conociendo que el mayor tormento que podia causar á una virgen cristiana era el de violar su pureza, providenció que la llevasen al lugar público de prostitucion, donde quedase al arbitrio de los lascivos. Intentaron éstos, en uso de la libertad concedida, cometer la violencia á que les provocó su desenfrenada pasion; pero el Señor impidió el insulto con la prodigiosa interposicion de una pared que pareció de repente para defender la castidad de su esposa.

Cuando por tan asombroso prodigio debieran conocer los idólatras el soberano poder del verdadero Dios, á quien adoraban los cristianos; mas irritados con la maravilla, que segun su concepto eran efectos de las malas artes de que eran notados los fieles; reasumiendo por motivo de su nuevo encono el desprecio hecho á Diana, comenzaron á clamar con mas esfuerzo, que fuese arrojada la Santa á las fieras en el anfiteatro público. Condescendió el juez, no menos colérico que el pueblo, en que se ejecutase aquel castigo, al que asistieron los gentiles y judios del pueblo con el perverso intento de deleitarse en la tragedia.

Soltaron á un leon furioso que corrió impetuósamente hácia Marciana; pero cuando todos juzgaban que fuese en un momento víctima de la fiera, olvidándose ésta de su natural, se postro á los pies de la Santa en señal de reverencia, acreditando el Señor

con aquel prodigio, que quien amansó á esta fiera, pudo hacerlo con la misma facilidad con cualesquiera otra que quisiese. Hallábase presente al espectáculo un judío llamado Budario, enemigo del nombre cristiano, como todos los de su secta; y resentido de la clemencia del leon, aconsejó á los paganos que se echase á la virgen un toro indómito, que acometiéndola furiosamente la quitó la vida á fuerza de sus combates, logrando por este medio la Santa la apetecida corona del martirio en el dia 12 de julio, aunque ciertamente no nos consta el año de su pasion; y recogiendo su venerable cadáver los cristianos, le dieron sepultura en la misma ciudad de Toledo.

No quedó sin castigo el impío judío que dió el consejo; pues al momento que espiró la Santa, se prendió en su casa un voraz incendio que la destruyó enteramente; y aunque por sus parientes se intentó muchas veces reedificarla, se arruinó siempre el edificio, sucediendo lo mismo con otros diferentes donde quisieron aprovechar las piedras de aquel monumento trágico.

En comprobacion de haber sido célebre esta gloriosa Santa en tiempo de los godos, cuando el rey Wamba fortificó aquella imperial ciudad por los años 676, habiendo dedicado sus puertas á los Santos titulares de Toledo, consagró á Sta. Marciana la que mira al Oriente; cuyo patrocinio invocó el rey Alfonso el VI en la conquista de Toledo en tiempo que la ganó de los árabes.

Algunos escritores confunden á esta ilustre mártir española con Sta. Marciana, que señala el Martirologio romano, y otros en el 9 de enero, por la uniformidad en el nombre y género de martirio que padecieron; pero el mismo Martirologio, que distingue los triunfos de ambas en diferentes regiones, el de la una en Mauritania del Africa, y el de la otra en Toledo, nos da un testimonio nada equivoco de que fueron diferentes.

LOS SANTOS NABOR Y FELIX, MÁRTIRES.

Los santos mártires Nabor y Felix fueron presos en Milan por el mandado del emperador Maximiano, que fué grande perseguidor de la fe de Jesucristo, juntamente con el emperador Diocleciano, su compañero; y habiendo examinado y sabido que eran cristianos, y que lo pensaban ser toda su vida, mandólos echar en la cárcel, vedando, só graves penas, que no les diesen de comer cosa alguna. Estuvieron algunos dias los Santos en la cárcel, padeciendo la hediondez, hambre é incomodidades de